

"No hay ningún viento favorable para quien no sabe a donde va" (I. anneo sénéca)

(A propósito de los nacionalismos, del estatuto de Catalunya y del proceso de paz en Euzcadi).

Introducción

Es una tarea inútil tratar de posicionarse ante las absurdas y desfasadas problemáticas autonomistas que, desgraciadamente, inundan por los cuatro costados nuestra vida cotidiana y local, sin situarlas dentro del proceso general de decadencia del sistema social que atenaza el mundo. Tengo una cierta pereza intelectual en adentrarme en la crítica de estas falsas problemáticas. Si hay algo que quisiera aportar al respecto, debería estimular más los caminos favorables a la reunificación de la Humanidad, que a criticar las ideas que hacen de su disgregación una falsa esperanza de superación de la sociedad del Capital. Esto es lo que, en la medida de mis posibilidades, intentaré. Quien quiera entender, que entienda.

Me preocuparía y apesadumbraría si no supiera que tal irrupción de pensamientos chatarra, corresponden perfectamente a la crisis de la política o de la ideología dominante, que como anillo al dedo acompañan a la crisis social y económica en la que estamos inmersos. Me extrañaría, si no tuviera la certeza de que las izquierdas políticas que siguen aún enarbolando las banderas de autonomismo, autodeterminación, independentismo o nacionalismo son, desde hace mucho tiempo, solo cadáveres ambulantes que parasitan sobre los viejos ideales de la libertad o de la democracia (que han sido ya enterradas por la propia sociedad del dinero que ha hecho de ellas solo libertad y democracia para el capital), en un último y desesperado intento de convertirse en gestoras de su barbarie. Ellas olvidaron y traicionaron los remotos y perseverantes sueños unificadores de la especie humana. Me sentiría desesperanzado, también, si no creyera firmemente que la Historia es tremendamente tan tozuda, como las ansias de supervivencia y de progreso del ser humano. Se perfectamente que toda esta chatarrería intelectual será barrida por la fuerza unificadora de la sociedad humana que nunca optó por el retroceso al pasado, aunque los nuevos caminos fueran, en principio, repletos de dificultades y de interrogantes. Autonomismo, autodeterminación, independentismo o nacionalismo son idearios que no tendrán más relevancia en el futuro que formar parte, en el baúl de los recuerdos, de nuestra historia pasada. Nuestro futuro solo puede encaminarse en una dirección unificadora.

La sociedad, en un lento pero progresivo camino de superación, ha precipitado y dinamitado los periodos de tiempo en los que fue posible que un poder extraño a ella, la sometiera bajo distintos sistemas sociales de propiedad. La última de estas formas depredadoras, que llamamos capitalismo, llega a su fin de la misma manera que llegaron las anteriores. Su decadencia conlleva,

como no puede ser de otra manera, un periodo de caos e incertidumbre, antes de que la sociedad alcance otra forma de organización superadora.

Los largos siglos de avasallamiento tribal y esclavista se tornaron en solamente cientos de años de servilismo y en apenas trescientos años de sometimiento asalariado. Y esto sucedió, a pesar de que la fuerza del poder llegó a impregnar de normalidad social inmutable el encadenamiento tribal, esclavista, servil o asalariado. La normalidad del trabajo-mercancía, como medio forzoso para vivir, se terminó. En la cúspide del trabajo asalariado y del dinero, para los trabajadores de cualquier lugar del mundo, el trabajo ha sobrevenido más y más precario y el dinero más y más escaso. La sociedad del capital se enfrenta a sus propios límites y en su frontera, evidencia la decadencia de todas las formas organizativas de coacción sobre las cuales cimentó su antiguo poder sobre la sociedad.

Mientras esta agonía hace tambalear los cimientos de las sociedades mas desarrolladas, ahonda en la miseria y la desesperación a una gran parte de los habitantes del Planeta.

De la misma manera, la sociedad humana ha derrumbado progresivamente los límites geográficos y las antiguas maneras de producir bajo las cuales se hizo posible la expoliación de su fuerza creadora. La unificación del mundo y el fin del trabajo enajenado es un proceso imparable. Transitamos por mares y océanos. Construimos carreteras, vías de comunicación, acueductos o gaseoductos atravesando continentes enteros. Nos comunicamos con inusitada rapidez. Somos capaces de producir alimentos, vacunas, manufacturas y enseres de toda índole por encima de nuestra propia capacidad de consumirlos. Pulverizamos el tiempo y el trabajo necesario para fabricar cualquier mercancía. Nos acercamos al espacio. Escudriñamos los orígenes de la vida. Nuevos sistemas, materiales o fuentes energéticas están al cerco de nuestra incesante búsqueda. Nuevos conocimientos de robótica, biotecnología, bioquímica, genética, informática... hacen de lo que hasta ahora era poco más que improbable, una realidad que apenas resiste el paso de un corto espacio de tiempo, para verse rápidamente superada por nuevos descubrimientos. La incorporación de millones de seres humanos a esta nueva sociedad totalmente interrelacionada será tan fácil como lo fue la de nuestros antepasados a la fabricación de las piedras de sílex, al laboreo de la tierra o la forja de los metales. Nadie podrá impedir el triunfo de la sociedad constructora frente al caos, la precariedad y la escasez que nos ofrece la sociedad del dinero. El poder político expoliador está muy lejos de ser capaz de ahogar el triunfo del poder social que emerge de las propias entrañas de la vieja sociedad. Ni el mundo desarrollado consentirá la decrepitud social que se nos proponen, ni el mundo desahuciado aceptará impasible su eliminación. La propiedad social se impondrá sobre la propiedad privada y la unificación del mundo sobre su disgregación.

El capitalismo sucumbió en su proyecto unificador del mundo. Lo que nos anuncia con hechos fehacientes, en su periodo de declive, es un mundo disgregado y enfrentado, en donde el pillaje y la piratería es el único medio de supervivencia de un poderoso sector financiero mundial que concentra en sus

manos todos los recursos de la Tierra, ahogando cualquier posibilidad de progreso de la sociedad, aún cuando esta ha alcanzado sobradamente los medios e instrumentos necesarios para hacerlo realidad. Mientras el Capital se concentra, el mundo se disgrega.

A todos los que siguen aún lloriqueando ante la agonía del Estado-nación y tozudamente apostando por su revitalización, como instrumento integrador y armonizador de los intereses generales de los pobladores de un territorio, frente a la voracidad de entes transnacionales y por la amistosa concordia entre las sociedades organizadas en Naciones, deberíamos decirles en primer lugar que su visión de los procesos históricos está absolutamente trasnochada. Lo está no hoy, en los albores del siglo XXI, sino desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Desde 1954, los potentes sectores industriales y financieros, surgidos de las potencias vencedoras, ya decidieron la sumisión de cualquier desarrollo soberano de las naciones; la ruina de los procesos de independencia de las nuevas que emergerían tras los procesos descolonizadores; y la inviabilidad de creación de nuevos entes nacionales. El periodo de desarrollo capitalista sería ya transnacional. Esto fue así, tanto en la esfera de influencia de uno u otro Bloque vencedor, resultantes de la última confrontación mundial. Los proyectos de estados independientes y no alineados fracasaron. La ONU ha demostrado sobradamente su enorme relevancia como instrumento de desmoronamiento de innumerables intentos de desarrollo de estados soberanos, hasta el punto de que sus cascos azules actúan hoy, tras su total derrumbe, como abanderada de los consorcios transnacionales que procederán a su expolio. Los hechos son claros. No son procesos colonizadores, ni mucho menos procesos creadores de nuevas naciones, como piensan algunos, los que están en marcha. Son procesos de disgregación, de saqueo y de pillaje. El irracional modelo de progreso emprendido por el capitalismo, en su etapa de agotamiento, ya no es generalizable. Solamente continuará en la medida de que pueda seguir excluyendo de él a una gran parte de la Humanidad. A los procesos de destrucción de la periferia, que se han convertido en unos fenómenos permanentes sin posible marcha atrás, se van sumando claras manifestaciones de rupturas sociales, exclusiones y precariedad en el mismo corazón de las sociedades desarrolladas.

Desde los principios del siglo XX, el desarrollo de las fuerzas productivas reavivadas constantemente por nuevas revoluciones tecnológicas ya habían superado de sobra los iniciales marcos nacionales, a partir de los cuales se realizaron los primeros impulsos industriales, e incluso excederían a los posteriores intentos, fracasados, de constitución de imperios regionales (Alemania, o Japón). También el dominio del cono Suramericano, quedó insuficiente para las capacidades desarrollistas de los potentes trust y grupos financieros monopolistas norteamericanos gestados entre las guerras mundiales.

Podemos decir que tras la Segunda Guerra Mundial, ya no es posible vislumbrar en el mundo, ninguna forma de organización social separada, independiente o al margen de una actividad productora que necesitaba

desarrollarse y gestionarse globalmente. El problema es que esta gestión estuvo y sigue estando encadenada a los intereses del Capital.

En segundo lugar, nunca el Estado-nación fue un instrumento integrador y armonizador de los intereses generales de los pobladores de un territorio. El Estado-nación fue el instrumento salvaguardador de los procesos de acumulación de la burguesía que se gestó, creó y se desarrolló, en sus inicios, en espacios territoriales heredados del feudalismo y por tanto determinados por constantes confrontaciones fronterizas (con otras burguesías) continuadoras de anteriores conflictos del pasado. Es un ente político de poder de un sector social sobre el conjunto de la sociedad, circunscrito a un territorio nunca definitivamente acotado. Una ojeada sobre el mapa político de Europa, por ejemplo, de los últimos 200 años, haría sonrojar a cualquier defensor de la idiosincrasia nacionalista. El espacio territorial feudal nunca fue considerado como propio por la burguesía, ávida de una continua expansión, de nuevos recursos y nuevos mercados. Los "derechos históricos" que reivindica, por ejemplo, el nacionalismo catalán o vasco, son más propios de las sociedades feudales (encerradas en un auto-proceso de inmovilismo para su perpetuación) que de las burguesas. La burguesía no tuvo nunca ni patria ni bandera. Litigó constantemente por otros territorios e intentó hacer de sus conquistas, mundos a su propia imagen. O sobrevino monopolista, internacionalista y financiera o sucumbió. Las que sucumbieron, añoran el anciano instrumento que aseguró su acumulación: el Estado-nación.

En tercer lugar, el Estado burgués agoniza tal como lo hizo el estado tribal, el esclavista o el feudal. Un nuevo Estado de característica global emerge (no sin la disputa y la confrontación entre los distintos sectores financieros mundiales en pugna por la total privatización del mundo) como organización práctica enajenadora correspondiente a un nuevo estadio de desarrollo de la sociedad humana. Como tal instrumento salvaguardador de nuevos procesos de acumulación (de otra índole, en este periodo de agotamiento), tiene sus mismas características de sometimiento y de coerción que tuvieron los antiguos estados de la burguesía. Es trasnacional, por la simple razón de que la sociedad humana se construye más allá de las antiguas fronteras territoriales, de impedimentos geográficos o de caducas barreras políticas o ideológicas. Mientras la sociedad continua embarcada en proyectos constructores con más y mejores herramientas y conocimientos científicos, en una auténtica batalla trasgresora con el mundo de la mercancía y del dinero que la encorseta y atenaza; el capital acecha allá en donde puede subvertir esta tarea para detraer solo las plusvalías que la actividad económica va generando. Mientras la sociedad crea, transmite y socializa; el poder patenta, censura y privatiza. Mientras la sociedad busca constantemente soluciones realizables a los problemas de los que depende la continuidad o no de la vida en el Planeta, su supervivencia y su bienestar (problemas que nos unifican como especie); el Capital otea el mercado y las cotizaciones de Wall Street antes de emprender cualquier proyecto particular que inexorablemente será, en su etapa de decadencia, parasitario. Mientras la sociedad clama por la recuperación de los recursos y las riquezas; el Capital continua el proceso de concentración de la

propiedad por la vía de las fusiones, las absorciones o por el simple saqueo. Mientras la sociedad clama paz y libertad; el poder construye su estado global en base a estamentos político-militares que organizan su conspiración en la endogamia, la cooptación y el secretismo. Mientras que la sociedad construye incesantemente; el poder destruye, malbarata o esconde enormes cantidades de capitales apartándolos de la producción. Mientras la sociedad camina hacia un proceso unificador; el Capital separa, disgrega, enfrenta y generaliza un mundo, en donde el caos y la barbarie será la única forma de supervivencia de las élites propietarias.

En cuarto lugar, la fallida del Estado-Nacional no significa que las prerrogativas del ejercicio de la violencia, que debe ejercer necesariamente este nuevo Estado Global en formación (como máxima expresión de un poder mundial, a nivel político y económico, cada vez más concentrado) desaparezcan. Nunca esta prerrogativa ha estado más vigente. Este atributo es el que se impone cómo única forma de sometimiento de las sociedades. O directamente por medio de la enorme capacidad de coacción de la nación, militar y tecnológicamente, mas poderosa del mundo, que ofrece su liderazgo imperial a este poder global. O por medio de confabulaciones en las que participan diferentes sectores supranacionales (escudados aún bajo banderas de antiguas potencias nacionales, de entes regionales, continentales o de la propia ONU). O por medio de instrumentos locales (Estados fallidos resultantes de procesos separadores, disgregadores o simplemente destructivos, que ya no conservan ninguna prerrogativa de los antiguos estados-nación de la burguesía, salvo la del monopolio de la fuerza para facilitar el expolio de los recursos, la privatización de su antiguo patrimonio nacional, el desmantelamiento de su infraestructura productiva, la precarización de la fuerza de trabajo... en favor de la nueva clase propietaria Global).

Los grandes grupos trasnacionales, fundamentalmente financieros, crean sus propios organismos privados y secretos (organizativos y ejecutivos) en función de una sola tarea: la detracción de la plusvalía que genera cualquier actividad económica a través de la concentración de la propiedad de todos los recursos y medios productivos. Sus confrontaciones y litigios, por formar parte destacada de la élite mundial que liderará este nuevo estadio de acumulación capitalista, son en cierta manera irrelevantes y secundarios (aunque tales disputas ocasionen terribles daños a regiones enteras del globo) si se tiene en cuenta la total interrelación de la economía mundial y la necesidad de mantener a toda costa la vigencia de sociedad de la mercancía y del dinero. Las guerras entre naciones, sobrevienen ya guerras solo entre capitales. Pero los capitales, como están cada vez más interrelacionados e interdependientes sitúan el conflicto fundamental en su auténtica palestra: la supervivencia del sistema social capitalista contra la Humanidad. Las declaraciones de Jose Borrell (expresidente del PSOE y presidente del Parlamento europeo) en una reunión del círculo de economía celebrada recientemente en Sitges, respecto a esta interconexión e interdependencia de la economía mundial, es muy elocuente: "¡El capitalismo depende del Partido Comunista de China!".

El proceso de concentración capitalista que es, en su etapa de decadencia, el camino inevitable que debe recorrer para postergar su agonía, no se va a detener si son unos u otros los sectores propietarios vencedores, si se fortalece el liderazgo de una fracción continental sobre otra, ni tan solo si hubiera un cambio significativo en el liderazgo mundial como consecuencia de un fracaso estadounidense. En su formación, el capitalismo conoció distintos liderazgos (Holanda, Inglaterra, Alemania,...) cuyo relevo no alteró en nada ni detuvo su camino. Nada cambia para el mundo expoliado la manera en la que se decida este proceso de concentración: ni el trueque de un sector financiero por otro; ni liberarse de unos capitales continentales para caer en las garras de otros; ni tampoco intentar fortalecer una fracción capitalista “autóctona” sustitutiva de otra “extranjera”. En este último caso, también esta fracción estaría obligada, para subsistir dentro de la economía de mercado, a sobrevenir imperialista a costa del expolio de otros pueblos, de vencer a los competidores, de concentrar recursos y medios y de enajenar trabajo humano. Dentro del mundo de la mercancía no hay atajos favorables para salir del laberinto.

Sería un gran fracaso que los pueblos en rebeldía, confundieran la Revolución Social que necesitamos, con la que nos proponen fracciones capitalistas “autónomas” que se esconden tras pseudo-revoluciones populares, antiimperialistas o nacional-socialistas. El Capitalismo de Estado (o el Socialismo de Estado) es una etapa manifiestamente fracasada por la Historia.

No cambia en nada, si esta etapa de concentración augura ya la consolidación de un liderazgo global o pasa por un escenario multilateral con 4 ó 5 grandes grupos de poder enmascarados aún bajo banderas nacionales o continentales. Y es además absolutamente falso que alguno de estos grupos de poder, puedan constituirse bajo acuerdos de cooperación basados en políticas de paz y concordia entre los pueblos. Su formación será también imperialista.

Sobre otra chatarrería intelectual que exponen los ponentes de “la III Conferencia C.Marx y los desafíos del siglo XXI” respecto del relevo de la “economía de mercado” por la “economía mercantil” ya trataré de ello en otra ocasión.

En el mundo desahuciado, tras un golpe de estado, un proceso electoral, una “revolución naranja”, un conflicto autonomista, una disputa entre fracciones mafiosas, una guerra étnica, religiosa o humanitaria, o simplemente tras una guerra de pillaje... se auspicia solo el relevo de unos grupos de poder por otros; el de unos consorcios petroleros por otros; el trazado de unos gaseoductos de una dirección hacia otra; o la ida o huida de unos u otros capitales financieros,... El resultado, sea cual fuere el grupo perdedor o vencedor, es una nueva recomposición de la elite mundial que seguirá acumulando y concentrando mas y más riquezas. Sobre las anteriores formas nacionales creadas o destruidas, no prima el arrinconamiento de los poderes feudales, religiosos o dictatoriales, ni la modernización de sus estructuras, ni el desarrollo de nuevas clases que pudieran proyectar algún tipo de desarrollo autóctono,... solo importa la conformación de un poder político-militar que facilite la continuidad del expolio bajo la bandera del nuevo grupo vencedor: sea en calidad de simple capataz, de gestor o de accionista.

Las banderas de este expolio probablemente ya no serán de las antiguas potencias colonizadoras; serán del BBVA, de Exxon, de Telefónica, de Shell o de Barclays... y probablemente también los ejércitos mantenedores de esta nueva situación ya no serán nacionales, ni coloniales, ni de levas, ni con estandartes internacionales. Serán simplemente ejércitos privados (de mercenarios) directamente comandados por los sectores del Capital implicados en el expolio y para la salvaguarda protectora de los clanes autóctonos.

Tras estas diferentes y variadas maneras con las que se auspician falsamente “nuevas naciones” se avanza en el camino de una clara feudalización territorial del mundo. No es de extrañar pues, que en numerosos casos, ésta feudalización asuma claramente como propios, viejos estandartes, himnos, o representaciones del pasado y excuse sus derechos históricos, tras absurdas diferencias raciales, étnicas o religiosas. (La actual bandera de la República de Montenegro, por ejemplo, corresponde a la del monarca Nicolas I; su himno nacional recoge los poemas de un antiguo independentista colaborador nazi y en sus dirigentes, podríamos reconocer a los clanes mafiosos locales más parasitarios. De la mano de este resurgir independentista se acelera la entrada de capitales europeos, la privatización de sus recursos y el desmantelamiento de sus empresas... Con el nuevo proyecto autodeterminista acaban definitivamente sus quiméricos sueños de soberanía. Si alguien tiene dudas de lo que representa este proyecto independentista puede visualizarlo claramente en las páginas del mismo worldbank: “Montenegro/economic/memorandum”).

Si en la mayor parte del mundo expoliado los antiguos Estados nacionales, han sido subvertidos en Estados fallidos a merced de los intereses geopolíticos cambiantes de una u otra fracción de los grupos financieros mundiales, en el mundo desarrollado también los antiguos Estados nacionales de la burguesía sobreviven agónicos en esta etapa de concentración capitalista.



La vieja Europa se resiste a la eliminación de su burguesía territorial que, a pesar de su profundo carácter colonialista y depredadora (mas allá de cualquier continente), nunca pudo desembarazarse totalmente de sus raíces feudales, ni de la participación de las viejas casas de los Grimaldi, los Habsburgo, los Borbones, los Holstein, los Wilson... en su desarrollo capitalista, principalmente por la influencia de estos restos feudales parasitarios en los sectores del poder político y financiero. Solo en momentos álgidos, la burguesía industrial europea los pudo arrinconar y relegar a meras figuras decorativas.

Pero las dos guerras civiles europeas (la primera y la segunda guerra mundial) no dieron paso a la eliminación de las burguesías nacionales (en cierta manera autárquicas) y a la conformación de grandes trust y monopolios industriales continentales, de los que podrían surgir más tarde potentes grupos financieros, como así ocurrió en los Estados Unidos de América tras su guerra civil. El III Reich fue un último intento, afortunadamente, fracasado. Esta tarea tardía que pretende emprender ahora el capitalismo europeo (La Unión Europea), está llena de dificultades. Dificultades principalmente, porque el nuevo periodo de acumulación capitalista no se sostiene, como en el siglo pasado, ni en el desarrollo de procesos productivos sino en el predominio del sector financiero sobre el industrial; ni en la formación de imperios continentales, sino globales. Esta tarea se está realizando a contrarreloj y en contra de la propia voluntad de algunos sectores financieros europeos, que optaron más por participar en un liderazgo global, que ya existe, que constituirse en una fracción en competencia. La libertad de movimientos del Capital es global y sobrepasa las fronteras continentales. El Banco Central europeo, como órgano decisorio de la política monetaria de los miembros de la Comunidad, tampoco puede impedirlo. Nunca, como ahora, las bolsas de los EEUU han ido tanto de compras por Europa (recientemente la sociedad gestora del New York Stock Exchange y Nasdaq buscan consolidar su negocio global a partir de su implantación en las bolsas más allá del Atlántico).

El Estado de la burguesía, que cumplió perfectamente el papel de instrumento de acumulación por medio del mantenimiento de un fuerte sector público que aseguraba las infraestructuras básicas para un desarrollo industrial (energía, minería, comunicaciones, construcción naval, acerías, etc.), de un sector bancario-crediticio especialmente dirigido hacia el sector productivo, de unas políticas intervencionistas en el mercado, del control de las reservas, del control del endeudamiento público, o de la existencia, en mas o menos grado, de un estado benefactor que aseguraba la reposición de la necesaria fuerza de trabajo,... debe desmantelarse. Anthony Giddens, teórico de la Tercera Vía del laborismo británico, ya habló, hace mucho tiempo, de este desmantelamiento que el mismo llamó: el camino hacia un "Estado de inversión social" que debería producirse como forma inevitable para la supervivencia del sistema.

La ingeniería financiera ha trastocado el mundo de la producción, la distribución y el consumo. La ingeniería financiera solo pretende, de una u otra manera, retirar capitales de la producción (o del pillaje o del blanqueo de dinero) para reinvertirlos allá en donde (por medio de la manipulación de los precios y de la especulación) rindan más beneficios. Solo se pueden retirar de

la producción, cuando ésta está plenamente ya en sus garras, a través de las entidades bancarias o crediticias, de la compra de bonos estatales, del control de los fondos de inversión, de los fondos de pensiones, o de los de las compañías de seguros... Y especialmente del control de todo lo concerniente al desarrollo de la investigación de las nuevas tecnologías, de las que el capital financiero será su rentista (como el señor feudal lo fue por medio de la propiedad de la tierra) a través de las patentes y de la propiedad industrial e intelectual. Es por esto que el capital financiero galopa sin control, en su imparable carrera de privatización de cualquier riqueza o recurso de la Tierra, creando instrumentos globales que ya superaron ampliamente a los de las antiguas naciones o grupos de naciones, no para incorporarlos a la producción sino a la especulación rentista. Ni proyectos continentales parecen ya posibles, ante la globalidad del desarrollo de la sociedad humana y de la necesidad del capital financiero de enajenarla.

Ante un Estado sin más atributos que los del servicio al capital financiero, la antigua burguesía se desmorona arrastrando en su caída los marcos territoriales en los que se desarrollaba y las formas políticas sobre las que legitimaba su poder: la democracia, el parlamento, el partido-pagado, la lucha política o ideológica, o el estado nacional. Las que abandonaron los sectores productivos, ante la incapacidad de afrontar las enormes inversiones necesarias para poder ser competitivas (en un mercado en donde ya no rige la ley de la competencia sino la del pillaje), intentaron perpetuarse como castas políticas al mas puro estilo feudal, dentro de los instrumentos del Estado circunscritos a la especulación, a la recaudación o el pillaje. Las que sobrevivieron como clase enajenadora de trabajo humano, seguirán subordinadas al Capital financiero allá en donde las condiciones de explotación les sean más favorables. La burguesía culta, creadora de empleo, liberal, paternal, emprendedora (y nacionalista) ha perdido ya los falsos atributos, con los que amagó su violenta explotación de la clase trabajadora en el siglo pasado, para pasar a ser ahora, poco más que una simple clase esclavista despiadada y sin escrúpulos, en cualquier rincón apartado el globo. A la burguesía catalana, el gobierno de la Generalitat le ofrece colaboración (¡hasta diplomática!) en Túnez, Marruecos, China... para poder sobrevivir allí como clase ociosa.

La lucha entre clanes políticos (los auténticos gestores del capital financiero) en esta batalla de desmantelamiento del viejo estado de la burguesía, en favor de uno u otro sector en disputa, adquiere en los países desarrollados una gran virulencia. Tiene lugar en las cloacas del sistema, en los entresijos de los palacios del dinero, en discusiones secretas, en acuerdos insospechados en los que se organiza la piratería y el saqueo social,... que cada vez con más dificultad, siguen queriendo investir de actos solemnes de normalidad democrática, de los que la ciudadanía debe a toda costa de participar y asumir como propia. Derechas e izquierdas políticas se funden en teatrales actos de disputa (o de concordia) para que la función continúe sin despertar sospechas del amago. Pero sus actos teatrales, están tan rebosantes de cicuta como los tuvieron lugar en las intrigas palaciegas del medioevo. La

pestilencia de su actividad es cada vez más apercibida por los sectores explotados.

La construcción de los instrumentos supranacionales, se realiza a partir del fortalecimiento y concentración de los sectores de poder surgidos fundamentalmente en las naciones-estado fuertes, que conservaron sus propias características (de Estado), en el proceso de sustitución de la burguesía industrial por la burguesía financiera. Su gestión pasa generalmente a manos de los clanes políticos íntimamente relacionados con los sectores financieros, la industria militar y los servicios secretos. El caso de los EEUU, es claro.

La Unión Europea intenta construir a partir de Francia y Alemania, como núcleos fundamentales de poder, sus instrumentos supranacionales continentales. Estos instrumentos se fortalecen mediante la concentración del capital financiero a través de las compras, absorciones o fusiones que resultan del pillaje de otros estados débiles o fallidos, a través de la descapitalización de sus empresas públicas, la compra de bonos estatales, el endeudamiento, los procesos de privatización (adquisiciones a precio de saldo) o por el control económico tras el desmantelamiento de sus antiguas infraestructuras industriales (a veces por su simple destrucción, como en el caso de Yugoslavia). Estos instrumentos supranacionales no favorecen el fortalecimiento de naciones estado-fuertes sino, al contrario, promueven su disgregación y debilitamiento. No es una unión de Naciones lo que se pretende, sino la configuración de un extenso mercado al servicio de los intereses de un clan financiero que opta por convertirse en fuerza hegemónica continental. De ahí las reticencias de la UE en proponer claramente la integración de Rusia y de los antiguos países de su influencia. Por contra, se alentaron los procesos independentistas en la antigua URSS y los procesos de división o los desintegrados en los países de su influencia. La lista de nuevos proyectos desmembradores parece no tener fin: Voivodina (Serbia), Transdniestro (Moldavia), etc. seguirán posiblemente a la de Montenegro. También el de la propia Serbia, si no se aviene a desmontar su tejido industrial fuertemente estatizado (en especial su petrolera NIS).

Tampoco podemos decir que la UE vea, pues, con malos ojos, que se abran ciertos procesos autonomistas "regionales", en detrimento del poder centralista de los antiguos estados, siempre y cuando éstas se cobijen con claridad bajo la órbita de los nuevos instrumentos de poder europeos. Cuando vulgarmente se habla de la Europa de las dos velocidades, se quiere significar la configuración de un núcleo receptor y acumulador de capitales y de una periferia de donde les serán sustraídos, bien por la apropiación de sus riquezas, su control bancario o bien por la explotación de sus trabajadores a través de las deslocalizaciones de las industrias más necesitadas de trabajo asalariado. Tanto los centros de poder como las periferias, pueden no corresponder con exactitud a los territorios anteriormente delimitados por las antiguas naciones. "La Euroregión" que propone Maragall, desde el gobierno de la Generalitat de Catalunya, es un intento en este sentido claramente independizado de las otras "velocidades" que tomen otros territorios del Estado español. También lo es, la significativa reivindicación "territorial" del gobierno vasco: las siete provincias

vascas que incluirían Nafarroa Beherea, Lapurdi, Zuberoa (en territorio francés) y Navarra.

Los nuevos proyectos “autonomistas” de Zapatero concuerdan pues perfectamente, con la línea de construcción europea en marcha, en detrimento de otras opciones pro-atlantistas que inesperadamente se vieron frustradas tras los salvajes atentados de Madrid y el vuelco electoral resultante en contra del Partido Popular de Aznar. Pero ésta opción no es novedosa. Desde el Congreso de Suresnes (1974) la socialdemocracia alemana y la Internacional Socialista, presidida entonces por Willy Brandt, ya financiaron y respaldaron a las élites políticas de PSOE como las gestoras de este largo proceso de integración europea. Tanto, en los procesos emprendidos en el interior: reconversiones industriales, reestructuración de la siderurgia, reconversión de los grandes astilleros, privatización del Patrimonio del Estado, etc.... como en los de expansión exterior (principalmente en América Latina) de las grandes empresas surgidas de esta etapa llamada liberalizadora. Coincide estos momentos con la subida al poder de Luis Echevarría en Méjico, de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, de Menen en Argentina y de Ricardo Lagos (como ministro de Obras públicas del gobierno de Frei) en Chile. El gobierno posterior de Aznar no tuvo, por descontado, ningún reparo en continuar ésta política exterior que condujo a la privatización y el expolio de numerosas empresas, servicios públicos, bancos, fuentes energéticas y petroleras, fondos de pensiones, etc. de numerosos países latinoamericanos. Felipe González siguió siendo, entonces, el amigo-portavoz de los intereses de estas empresas.

De los 342 millones de euros invertidos en América Latina por los capitales españoles en 1993, por ejemplo, se alcanza la cifra de hasta 87.700 millones a partir de las privatizaciones emprendidas por el gobierno socialista de Felipe González. Más del 95% del total de estas inversiones las han realizado siete compañías: Banco de Santander, BBVA, Repsol, Telefónica, Endesa, Iberdrola y Gas Natural. Corresponde éste momento a la circunstancia, ciertamente clarificadora, de la desaparición de los grandes bancos de crédito para la industria: Banco Central, Hispano y Bilbao.

Actualmente, mientras los Bancos ya han advertido de que la inversión en el tejido industrial no está en sus objetivos estratégicos, las Cajas, que tuvieron, y siguen teniendo, un lugar importante en participaciones industriales, empiezan también a deshacerse de ellas. La regulación denominada Basilea II, penaliza en cierta manera el control bancario sobre las empresas al obligarlas a asumir un mayor riesgo, e incentiva la inversión financiera especulativa como alternativa de negocio. El paso futuro a seguir es el de pasar de accionistas a inversores.

Un ejemplo significativo de este proceso sería el del Banco de Sabadell. Fundado en 1881 por 127 accionistas, la mayoría empresarios textiles, comerciantes, panaderos y maestros de obra, para la financiación de las industrias y el suministro de lana (la materia prima básica para las industrias textiles de la Comarca del Vallés) hizo un largo periplo de banca industrial a banca comercial para finalmente terminar convirtiéndose en banca financiera. Tras la compra del Banco Atlántico, recientemente ha adquirido al grupo belga

KBC Group (en subasta organizada por JPMorgan) el Banco Urquijo (gestionador de grandes patrimonios privados, antigua propiedad de la familia March). ¡De servidor de la pequeña burguesía industrial y comercial ha pasado a ser la gestionadora de los mayores patrimonios privados de las grandes fortunas franquistas y postfranquistas!

Probablemente el relevo de cajas y bancos caiga en manos tanto de las inversiones de los gobiernos locales (autonómicos) con el dinero público o el endeudamiento (con emisiones de renta pública): principalmente en el sostenimiento de empresas privadas bajo su control, en obras públicas, proyectos faraónicos, complejos hospitalarios privados, eventos deportivos, forums, etc.; como del “desvío” de los fondos de inversión, de pensiones o de seguros, hacia actividades empresariales. De tal manera, que estos nuevos asumientes de riesgos -el “ahorro social”- situará a numerosos sectores de pequeños ahorradores en la cuerda floja. Esto explica la manera de cómo se esfumaron, por ejemplo, los enormes superávits de los fondos privados de pensiones que promovieron numerosas empresas siderúrgicas alemanas o grupos norteamericanos, o la volatilización de los fondos de jubilación en Argentina. Pero éste dinero ni se esfumó ni se volatilizó. Solamente cambió de manos, como también cambia de manos el dinero que perdieron muchos pequeños inversionistas en auténticas estafas de cuello blanco, a modo de corralito a la española: Gescartera, Sofico, Terra, AVA, Eurobank, G.Brokers, Afinsa o Forum Filatélico...

Dicho todo esto a nivel general, podemos pasar a los detalles particulares.

La España de las autonomías.

Parece que los clanes políticos que gestionan un cierto sector del poder financiero pro-europeísta vencieron sobre otros clanes que representan a otros sectores de poder mas pro-atlantista. Para unos, es necesaria la cesión de las antiguas prerrogativas, que aún le quedan al Estado-nacional, a los pseudos-estados autonómicos para hacer frente a la nueva realidad europea. Para otros, lo que se precisa es mantener a toda costa un Estado Nacional fuerte y situarlo en la órbita del liderazgo mundial de la nación más poderosa del mundo. Los unos pasan por progresistas y los otros por conservadores. Pero tal y como ocurre en toda Europa, estos clanes políticos se pelean o se alían en función de los intereses de uno y otro sector de poder que en lo fundamental es enormemente concordante : que el capital se reproduzca y se acumule.

El capital sigue su camino y los gestores cambian. Hoy de derechas, mañana de izquierdas. Hoy socialistas, mañana liberales, conservadores, demócratacristianos o quizás verdes, o unos y otros en alianza. Pero sus decisiones, en este inmenso ladroncio del Capital, adquieren una vital importancia en el derrumbamiento de un sector económico o el auge de otro, en la manipulación de las cotizaciones bursátiles, en la privatización de un sector público, en el favorecimiento o entorpecimiento de fusiones o absorciones, en

los desmantelamientos de sectores industriales,..etc. y siempre en el saqueo de los sectores sociales productores de riqueza.

Las reglas del juego han cambiado tras el triunfo del Capital financiero sobre la burguesía. Las formas democráticas de dominación mediante las cuales la burguesía con dinero compró a los partidos políticos, a los sindicatos, a la justicia o a la ley; constituyó Parlamentos en donde defendió los valores de la propiedad privada, de la competencia y del libre mercado; reafirmó su nacionalismo como instrumento para competir por otros mercados... se esfumaron. Ahora los clanes políticos se han convertido en la expresión más diáfana de las disputas entre diferentes sectores financieros. Estos dejaron ya de representar los intereses de una u otra clase social, de defender una u otra ideología política, de proponer uno u otro proyecto de organización social. Son únicamente gestores del único poder real en el mundo: el Capital financiero. Se terminó la democracia, la participación, la consulta, el control. Clanes políticos endogámicos y secretistas copan los puestos de la administración, forman parte de los consejos directivos de las grandes empresas, de la banca, de los medios de información, de los organismos de decisión de la UE, de los círculos, clubs y fundaciones empresariales,.. Desde donde se deciden favores y privilegios, manipulaciones informativas, campañas propagandísticas,... y desde donde se organiza el saqueo social.

Ahora, con el conflicto autonomista, pretenden que hagamos nuestra, su propia guerra. Es probable que esta vez, y quizás otras muchas mas, nos confundan y nos arrastren a ella, pero la última batalla estoy seguro que la perderán.

El Estado plurinacional fue el primer precio que tuvo que pagar, a regañadientes, la burguesía española a los clanes políticos periféricos para poder afrontar con relativa tranquilidad social los retos de un mercado internacional que exigía fundamentalmente la privatización del Patrimonio Nacional y la creación de grandes consorcios empresariales y financieros. A toro pasado podemos decir que lo atado estuvo realmente muy bien atado. El abrazo monárquico a Carrillo es solo una pequeña anécdota de cuan agradecida está la burguesía española de la participación de los políticos, de cualquier bandera, en lo que se avino en llamar la transición política. Sería hora de que se explicase en que consistió esta transición política preparada y planificadamente meticulosamente, realizada a golpe de talonario y de prebendas de poder, de reparto de poltronas, de desmantelamiento de organizaciones obreras y vecinales, de construcción de enormes organizaciones burocráticas sindicales ... para que los grandes capitales preparasen sus intereses futuros.

Por extrañas circunstancias, en Euzcadi, ni el nacionalismo vasco pudo o quiso acabar con ETA, ni el nacionalismo español tampoco pudo o quiso acabar con ella No son apreciaciones, son hechos. Con los nuevos proyectos autonómicos de Zapatero que parecen poder colmar, hasta un cierto límite, las ansias nacionalistas, todo hace pensar que el final de ETA ha llegado. Solo falta discutir el pago de su disolución. Pero ningún pago será capaz de resarcir el auténtico desastre que supone que la sociedad vasca no haya podido impedir

que miles de jóvenes se vieran engullidos en una organización mesiánica, salvadora del pueblo, autodestructiva hasta el punto de la autoinmolación y la criminalidad. Sea cual fuere el pago político favorable a uno u otro sector del poder, nada reparará la destrucción de la vida de estos jóvenes, el acongojo de sus familias y amigos, y los crímenes que ocasionaron. Sería muy triste pensar que la destrucción de sus vidas, sin duda alguna generosas en algún momento, se urdió en las cloacas del Estado, en intrigas desde los despachos del poder o desde las cúpulas de los clanes políticos. Es inaudito que en un país europeo desarrollado, los enormes medios represivos del Estado no hayan podido dismantelar a una organización clandestina. Yo no quisiera creer en ello, pero escapa de toda lógica que esta organización pasara de valerosa luchadora antifranquista, a movimiento de liberación nacional (según el propio Aznar), y luego a organización terrorista; de organización con la que debe negociarse la paz en unos momentos, a organización cuyos militantes se les tortura, asesina y se les cubre con cal, en otros. De organización perseguida, a organización subvencionada con fondos públicos o por la propia banca a través de paraísos fiscales. De organización a la que se le acusa de extorsión, a organización a la que se les paga a sus militantes el exilio a Santo Domingo... Solo faltaría que algún día se descubriera (como en el caso del IRA) la infiltración de los servicios secretos en su misma cúpula.

Al contrario, en Catalunya, los partidos nacionalistas e independentistas, tan avezados en acuerdos y pactos con el gobierno de Madrid (fuera tanto del PP como del PSOE) disolvieron a una incipiente organización armada separatista (Terra Lliure).

Es bochornosa la complicidad de muchas organizaciones progresistas y de izquierdas con este tipo de militancias independentistas (que las suman también como movimientos antiimperialistas). Obvian, por descontado, las profundas raíces fascistas de Sabino Arana, o racistas (las diferencias genéticas del factor RH negativo como justificadoras del derecho a constituirse como pueblo) y estalinistas de Otegi (Herri Batasuna).

Pero lo más aborrecible de todo esto es la manipulación exacerbadora de los sentimientos identitarios de los pueblos, en el objetivo de la conservación del poder de unas castas políticas que intentan a toda costa ser las gestoras de un territorio que creen de su propiedad. Las unas de un territorio que definen como la España indivisible, las otras de territorios que deben asumir por "derechos históricos" el rango de nación. Sin embargo tanto las unas como las otras, no dudan en hipotecar su finca en función de los intereses de un poder financiero que ya no tiene patria ni bandera. El Estado soberano de la burguesía sobrevino en estado-vasallo a merced del capital financiero; el ciudadano sobrevino súbdito; y las castas políticas sobrevivieron como las gestoras del expolio de la sociedad trabajadora.

Los sentimientos identitarios, son el legado de nuestra historia. Son la herencia cultural de nuestros antepasados que viene determinada fundamentalmente por los vínculos y las relaciones sociales establecidos para la producción de los medios de vida inmediatos y materiales en una fase de desarrollo económico anterior. Pensamiento, arte, cultura, música, lengua y

también fórmulas políticas, códigos morales y de conducta, leyes o principios éticos del pasado nos son transmitidos. Entremezclados con estos, también abundan, en todas las culturas, manifestaciones de profundos sentimientos humanos, creativos, de gozo, de valorización del quehacer social, de reconocimiento de los idearios colaboradores y solidarios, etc. que los pueblos asumen con orgullo. El proceso natural de desarrollo de las sociedades, es recoger este legado aceptando o rechazando, en la medida que correspondan o no a los nuevos cambios sociales que provoca la continua transformación de la sociedad, para su asunción o no y su transmisión o no, a las futuras generaciones. La sociedad humana es un ente vivo rebelado constantemente contra cualquier inmovilismo. En las sociedades en las que nunca se producen cambios en el ámbito de las ideas, en los comportamientos sociales, en las formas de organización política, en sus hechos culturales, en su lengua, etc. podemos decir que son sociedades petrificadas y estancadas bajo el dominio y la sumisión de poderes dictatoriales que de esta manera intentan perpetuarse.

Pero, mal que les pese a los nuevos propietarios del mundo, ahora esta esclerosis ya no es posible, como sí lo fue en otras épocas históricas, en donde convivían sin apenas contacto culturas y civilizaciones dispares que caminaban a distinto ritmo y con grados de desarrollo, a veces muy diferentes. Hoy, la sociedad humana ha roto con todas las barreras que nos separaban. Nuestro mestizaje es imparable. Nuestras culturas, nuestras diferentes maneras de ver el mundo y entender la propia vida se entremezclan y se diluyen con extrema facilidad. En pocas generaciones y con inusitada rapidez y normalidad aquello que nos diferenciaba (los sentimientos culturales distintos) pasa a ser un elemento absolutamente secundario frente los enormes retos que nos unifican como seres humanos en lucha por la supervivencia. Por esto, por muchos esfuerzos que hagan para hacer de estos sentimientos identitarios caballo de Troya engendrador de divisiones y conflictos, de disgregaciones y separaciones, fracasarán. La unificación de la Humanidad en una patria común, el viejo anhelo de antiguos librepensadores, es el único proyecto pendiente que debe resultar del proceso natural del desarrollo de la sociedad humana tras el derrumbe de la sociedad del Capital.

Las islas de progreso que nos proponen en las sociedades desarrolladas, son una ilusión (muy acorde con el darwinismo social imperante) que no se pueden cumplir. La crisis del Capital que por sí mismo engendrará, en su imparable camino de tener que superar constantemente sus propios límites, hará insoportable la vida de numerosos sectores sociales. Provocará precariedad, exclusión, descohesión y caos. Ni aún en las sociedades en donde por su riqueza o por su posición imperialista sobre otros pueblos pueda mantener un cierto estado de beneficencia (como por ejemplo, Suecia) podrá evitar un conflicto social permanente de sus pobladores desesperanzados y desilusionados. La exclusión social no puede ser atajada ni por la beneficencia, ni por la "renta básica" (nueva fórmula mágica de los que aún no se preguntan quienes pagarán las misas o que amos mantendrán a sus esclavos cuando ya no les necesitan). Solo la participación de todos los individuos en la tarea de construcción de una sociedad de acorde con un modelo de progreso favorable

para nuestra vida podrá superar la exclusión, el miedo a la marginación y la descohesión social.

Las promesas serán incumplidas. El gran éxito del desarrollo económico que se nos anuncia será solo para constatar como las arcas de las entidades bancarias y financieras se llenan a rebosar, como el Capital rinde cada vez más beneficios, como se engordan fortunas inmensas, como se acumulan riquezas, como se despilfarran enormes sumas de dinero que son fruto del pillaje del trabajo productor inagotable de la sociedad humana en cualquier rincón del globo.

Al mismo tiempo los clanes políticos que alientan estas falsas ilusiones de progreso a partir de la recuperación de la soberanía de la patria catalana o vasca, aplicaran impertérritos los acuerdos de Lisboa, los dictámenes del Banco central Europeo, la directiva Bolkestein, promoverán la privatización de los servicios públicos, promulgarán nuevos acuerdos con las mafias sindicales (y patronales) para reformar a favor del Capital contrataciones laborales, fiscalidad, planes de jubilación, etc., dictarán controles políticos y recaudatorios sobre cualquier actividad económica y organizarán un propio estado represor y policial como única respuesta al desorden social y la rebeldía que sobrevendrá como respuesta a la precariedad laboral, a los contratos basura, al encarecimiento de la vivienda, al endeudamiento de las familias, a la incertidumbre de miles de jóvenes que no pueden vislumbrar ningún futuro esperanzador, a la desesperación de las familias que ya no pueden arropar y ayudar por mucho más tiempo a las nuevas generaciones, o al desamparo de nuestros ancianos...

La sociedad catalana y vasca (y la de todos los pueblos del mundo) deberá dejar de enarbolar sus banderas patrias, sus estandartes y sus himnos patrióticos. Deberá dar la espalda a los clanes políticos que hacen de su diferenciación cultural, heredada el pasado, un motivo de separación y enfrentamiento con otros pueblos. La única independencia, autonomía o autodeterminación que necesitamos es la que nos desencadene de las leyes de la sociedad del Capital, de la economía del mercado, de la propiedad privada de los recursos y de los medios de producción y la enajenación del conocimiento. Por encima de la herencia cultural (que siempre hemos ido cambiando en el transcurrir de la historia) está nuestra herencia biológica: el apego a la vida, a la supervivencia como especie, a la protección de nuestros hijos y nietos, al deseo de goce y de bienestar, a la tarea creadora y transformadora, al cuidado de la naturaleza de la que somos sus hortelanos y conservadores, y a la búsqueda del rigor científico para hacer más realizables nuestros sueños. Esta es la única bandera que unificará a nuestra especie si somos capaces de desembarazarnos de la única cultura universal que atenaza realmente a nuestras sociedades: la cultura del Capital. Por mucho caos y destrucción que sobrevenga en este periodo de decadencia del sistema social capitalista nada evitará el proceso unificador de la sociedad humana y la gestación de unas nuevas relaciones sociales en donde la organización globalizada de la producción, la distribución y el consumo posibilite un futuro de

esperanza para todos los pobladores de la única patria común: nuestro Planeta.
Este es, a mi entender, el único viento que nos será favorable.

Josep junio 2006